

LA HISTORIA MÁS COMÚN

Fue en ese mismo instante cuando me di cuenta de que aquel niño tan inteligente, con tantos amigos y tanta chispa lo perdió todo con solamente trece años. Puedo parecer un simple curioso, pero lo único que sentía era empatía hacia él.

Hace tan solo unos meses, al volver del instituto viví el momento más terrible de mi vida: mi padre amenazando a mi madre. Al principio, creí que era algo que solía pasar en todas las familias. Y sí, él paró, volvió a ser un padre y marido cariñoso, hasta que otro fracaso empresarial volvió a hundirlo en alcohol. Volvieron las amenazas hacia mi madre. Yo sufría igual o incluso más que mi madre, pero lo que más dolía no eran esas amenazas, si no la pérdida de mi inocencia, de la confianza que ya nunca se podría recuperar.

Lo que más me preocupaba era pensar que mi padre había cambiado. Me hubiera gustado que las amenazas sólo fueran unas simples e insignificantes palabras dichas por el efecto del alcohol. Me equivocaba. Y sí, empezaron las bofetadas y las faltas de respeto, sufríamos.

Lo más cruel es que me estaba empezando a afectar a mí, mi relación con mis amigos, los resultados académicos, mi vida... porque sólo me preocupaba aquellos moratones de mi madre. Vivía siempre con el miedo de que se le ocurriera pegarme a mí. Desde fuera, parecería fácil... decirlo a la policía, tan solo marcar un número... Pero dentro, eso hubiera sido el camino al suicidio. Además, mi padre empezó a vigilarnos en cada momento, de manera que sólo podíamos pasar tiempo con él, y él con su botella de alcohol.

Tres años después mi madre murió y mi padre fue a la cárcel, y yo con solamente 15 años me quedé huérfano. Me acogió una familia perfecta y simpática. Yo seguía yendo al instituto intentando seguir mi vida habitual pese a que la figura de mi madre seguía en mi mente.

Un día vi a un chico muy deprimido y con dos moratones, jugando solo con una lata en el recreo. Era un poco más joven que yo. Lo vi aislado, como yo en mi infancia, y quise averiguar su historia y la explicación de su aislamiento y sus moratones. Cuando intenté hablar con él me evitó, esquivaba muy rápido todas mis preguntas. Por eso, me entró la intriga de su historia, porque cada detalle de su vida que sabía me recordaba a mí hace unos años. Lo buscaba todos los recreos y cada día conseguía sacarle un poco más de información, hasta que un día decidí seguirle y comprobarlo con mis propios ojos. Lo seguí un día y otro día imaginándome lo peor.

Vi y escuche exactamente lo que imaginaba, la madre lloraba, el chico sufría y el padre solamente bebía mientras le pegaba a su mujer poniendo esas excusas tontas que todos los días eran las mismas: "¡Te he visto con otro hombre!", "¡No lavas mi ropa bien!", "¡No salgas con esas amigas tuyas!". Simples mentiras para que él se sintiera mejor.

No dudé un instante, sé que el chico sufriría por su padre, pero él y ella podrían morir a manos de su padre, tenía que hacerlo. Llamé a la policía y la policía comprobó con sus propios ojos lo que sucedía en aquella familia, el padre fue a la cárcel mientras el chico y ella temían que saliera de la cárcel volviera para matarlos.

Aquello fue el final. No vi a ese chico más en el recreo, preocupado corrí hacia su casa. No contestaba nadie, pero me tranquilizaron los vecinos diciendo que se habían mudado. Di un suspiro de alivio y volví con una sonrisa a mi casa con la presencia de mi madre, en mi mente, sonriendo también.